

**CIVILES GANAN TERRENO EN EL CENTRO NACIONAL DE INTELIGENCIA**

# **CONTRALÍNEA**

PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN



**ENSAYA LA DERECHA  
GOLPE DE ESTADO  
BLANDO**

ISSN: 1665-1626

REVISTA SEMANAL

Del 11 al 17 de mayo de 2020



Año 19 • Número 693 • \$30

**COVID-19 FALLARON AGENCIAS DE INTELIGENCIA**  
DE TODO EL MUNDO

**SILVIA VALDEZ SOBREVIVIENTE**  
A NAZAR HARO Y LA DFS

# SILVIA VALDEZ, SOBREVIVIENTE A NAZAR HARO, LA DFS Y LA GUERRA SUCIA

Sin ser guerrillera, los federales se cebaron en ella. Su delito fue ser la esposa de Javier Rodríguez Torres, que sí era integrante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Torturada y humillada, fue mostrada como trofeo ante la alta sociedad de regiomontana

DAVID CILIA OLMOS/PRIMERA PARTE



DAVID MANRIQUE

Los Macías fue uno de los grupos político-militares precursores de la Liga Comunista 23 de Septiembre, de los que poco se ha hablado a lo largo del periodo conocido como lucha guerrillera en México.

A Silvia Valdez, cuando joven, le tocó vivir rectamente esa historia. Ahora pos-trada en una silla de ruedas, lucha valientemente porque esa parte de la historia no se pierda en el olvido. Durante décadas ha callado pero ahora no quiere callar más. Ella fue esposa de Javier Rodríguez Torres, quien pertenecía al grupo Los Macías de la Liga Comunista 23 de Septiembre.

En 1972 los trabajadores ferrocarrileros de Nuevo Laredo, Tamaulipas, desalojaron de la oficina sindical a Eliud Aguirre Cavazos, un líder *charro* impuesto en la Secretaría Seccional por *dedazo* de Mariano Villanueva Molina, en ese entonces líder nacional del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana (STFRM). Eliud Aguirre había sido presidente municipal de Nuevo Laredo y no tenía ninguna afinidad entre los trabajadores ferrocarrileros.

Javier Rodríguez Torres y los demás miembros del Movimiento Sindical Ferrocarrilero (MSF), liderados por Gonzalo Escobar Navarro, Ángel Valdez Jiménez, Anastasio Gutiérrez Molano, Luis Obregón Chávez, Jorge R Salas, no habían estado de acuerdo con la imposición, por lo que tomaron el edificio sindical. Policías federales y soldados se dieron a la tarea de reprimir a los inconformes, pero éstos, que eran de arrojo, no se dejaron intimidar. En este movimiento, Javier y sus compañeros mostraron su valentía y se enfrentaron con toda decisión a la corrupción sindical.

A partir de ahí, Javier nunca se aquietó ante las injusticias que observaba, hizo lo que muchos deberían de hacer: se enfrentó al peligro pegándole duramente a los líderes sindicales corruptos y opresores. Antes o

después de la toma del local sindical, Javier Rodríguez Torres había entrado en contacto con la Liga Leninista Espartaco, grupo político más conocido como Los Espartacos. Con el tiempo una parte de los Espartacos constituirían el grupo político conocido como “Los Macías”, que se integraría a la Liga Comunista 23 de Septiembre.

El 18 de septiembre de 1973, Javier Rodríguez Torres cumpliría 33 años, pero unas 16 horas antes, el 17, perdió la vida en la ciudad de Monterrey, en una acción política-militar planificada por la Liga Comunista 23 de Septiembre. Se trataba ni más ni menos que del intento de secuestro del empresario regiomontano Eugenio Garza Sada.

La acción política-militar resultó frustrada cuando al momento de intentar copar al empresario, éste, o sus guardaespaldas, dispararon contra los jóvenes guerrilleros. Por los resultados del operativo podemos asumir que pudo haber habido errores en la planificación o ejecución del operativo guerrillero. Se ha dicho que la camioneta que traían los guerrilleros debería haber frenado el avance del carro del empresario, lo cual no se logró, con lo que se perdió el factor sorpresa y la camioneta de los rebeldes quedó a varios metros de distancia, lo cual ocasionó que al dirigirse Javier y Anselmo, otro de los guerrilleros muertos ese día, hacia su objetivo, fueran acribillados a boca de jarro, cayendo ambos abatidos.

En esa balacera el empresario Eugenio Garza Sada quedaría en el lugar, con el arma que disparó contra los guerrilleros en la mano, mal herido, por lo que el resto del comando decidió retirarse, no sin antes recoger el cuerpo de Javier y Anselmo, mismos que más tarde abandonarían en los Campos Infantiles de Beisbol localizados atrás del Panteón Dolores, en la sultana del norte.

Todo lo que a lo largo del tiempo se ha sabido respecto a lo que sucedió después

Hoy, que en México los tiempos empiezan tímidamente a cambiar, es necesario recuperar los testimonios de las víctimas

del atentado, está basado en los relatos de Elías Orozco, uno de los integrantes del grupo rebelde, y en relatos de algunos testigos que fueron coaccionados por Miguel Nazar Haro, el terrible torturador y desaparecedor de personas al servicio de la Secretaría de Gobernación.

Hoy que en México los tiempos tímidamente comienzan a cambiar, es necesario tomar en cuenta relatos de familiares que a través del tiempo han visto con tristeza cómo se ha minimizado, casi hasta cero la participación y accionar valiente que durante su militancia en la Liga Comunista 23 de Septiembre tuvieron Javier y Anselmo, motivo por lo que hoy en este apartado rendimos un tributo a su memoria.

Sin saber lo que había ocurrido, Silvia Valdez, la esposa de Javier Rodríguez Torres, sería detenida poco tiempo después por agentes de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), comandados por Miguel Nazar Haro. Nadie le había avisado de la muerte en acción de su esposo, por lo que no tomó ninguna medida de protección, así que hasta ella llegaron los agentes policíacos, al Anfiteatro del Hospital Universitario en Monterrey, Nuevo León, y se la llevaron junto con su padre. En ese entonces Silvia era una joven de 22 años que trabajaba en la seccional Nuevo Laredo del sindicato ferrocarrilero.

Pese a no ser parte de la guerrilla, Silvia Valdez fue víctima de Miguel Nazar Haro, en ese momento subdirector de la DFS, quién personalmente la torturó en una hacienda o rancho en las cercanías de Uro, Nuevo León. Las torturas infringidas le afectaron para siempre.

No sólo ella fue secuestrada y torturada en ese momento por la DFS, otros compañeros de trabajo de Javier, que tampoco eran guerrilleros, fueron llevados a la misma hacienda para torturarlos; dos de ellos, Albino Martínez y Benito nunca se pudieron recuperar de las inmisericordes

golpizas que les propinaron los agentes de la Secretaría de Gobernación y fallecieron al poco tiempo.

Luego de ser abatido, la policía llevó el cuerpo desnudo de Javier al Penal de Topo Chico, para que fuera identificado por los reclusos del penal. Ahí empezó el tormento de Silvia Valdez, del cual podemos darnos una idea por el testimonio que nos brinda. Dice ella:

“A mí me tomaron películas con el cuerpo desnudo de mi esposo; yo hincada, rodeada de todas las pertenencias que traía puestas mi esposo el día de la acción, la camisa toda rota y manchada de su sangre... sus lentes, todo estaba tirado en el suelo. Me decía Nazar que me pusiera a ladrar, que chillara como puerco, y que los dos [mi esposo y yo] nos íbamos a podrir en los cochinos infiernos...

“Fue horroroso... Primero me llevaron a mí, me trajeron escondida en los archiveros. Los retiraban y me escondían detrás de ellos en el departamento de dactiloscopia de la Judicial Federal en Monterrey a cargo de Carlos Solana. Como al tercer día me llevaron al cuartel. Pasados dos días, pierdes la noción del tiempo, ya que ni de comer nos daban. Estaba tirada en los cuartos de investigación del cuartel; de ahí me pasaron a otro cuarto que daba a los pasillos pero desde adentro comencé a ver cuando llevaron a los compañeros del trabajo del ferrocarril.

“Ahí, en el cuartel, Nazar Haro y sus polizontes nos comenzaron a torturar. Había una mesita en un cuarto, como en las películas donde investigan, y de repente Nazar por abajo de la mesa introducía entre mis piernas la chicharra [picana eléctrica]... Yo brincaba, ya que no esperaba eso. Al brincar de la silla, los federales que estaban atrás de mí me empujaban de los hombros y me obligaban a sentarme de nuevo para que Nazar Haro volviera a darme de chicharrazos. Si yo brincaba me llovían los golpes de los federales, unos tres al hilo,



DAVID MANRIQUE

como fueran, con la mano cerrada, en la espalda, y me ordenaban no levantarme.

“Después, a mí me llevaron primero a la sierra de Nuevo León, donde había, en las faldas, una finca campestre cerca de la comunidad El Uro. Esa finca era como un campo de concentración, estaba preparada para dar torturas de verdad. Yo era tan joven, no era guerrillero, no sabía ni hacer lagartijas y las primeras torturas que infringía Nazar era eso, nunca en mi vida las había hecho y me decía Nazar: ‘¡Órale, pinche guerrillero... pa’ calentar el cuerpo!’. Hablaban siempre con muchas groserías, sobre todo Nazar era un lépero, siempre decía maldiciones muy fuertes. Y cuando estaba haciendo las lagartijas, de repente sentía que el piso me daba toques y gritaba. No tengo idea cómo le hacían para que los pisos nos dieran toques. Yo tiraba

de alaridos. Trataba de no hacerlo pero la sensibilidad propia de la naturaleza, ocasionaba salieran mis gritos de dolor. Yo no quería gritar pero me salían solos, yo quería ser valiente igual que Javier pero no pude.

“Me ponían a caminar en el monte de la sierra con muchos federales y también soldados, yo me espinaba todas las piernas, me hicieron mucho daño las espigas. Ahí, en pleno bosque, Nazar ordenó al pelotón de fusilamiento que me asesinaran, pero era sólo amago. Eso lo hicieron en dos ocasiones. Antes de hacerlo, los federales me metían en una pileta muy alta en la cual empujaban en vilo mi cuerpo y me hundían ahí. Lo hicieron varias ocasiones. Fueron unos desgraciados conmigo. Era mi ración de asfixia en el agua de esas cisternas o piletas. Eso lo hacían en la madrugada. Fue terrible. No se lo deseo a nadie.

“

Ella prefirió aguantar sola todas las torturas. Fingió repudiar a su padre para no involucrarlo. Vivió vejaciones que ya no se superan

”

“En la casa veían desde un cuarto a los prisioneros recién llegados. Me decían que me parara en algunos lugares donde presentía me estaban observando, tenían algún cristal con el que me veían, pero no sabía quienes me estaban observando. A Nazar, desde que llegue al cuartel, casi siempre lo vi. ¿Entonces ante quiénes nos exhibían en el lugar donde implementaban las torturas?

“Tenían habilitado un cuarto de esa casa como oficina. Llegaban los federales, algunos de ellos con máquinas de escribir portátiles. ¿Por que lo hacían si deberían habernos investigado en la Agencia del Ministerio Público Federal? Muchas ocasiones a algunos maestros o ferrocarrileros y a mí nos ponían a escribir lo que ellos querían que dijéramos. Con tanto sufrimiento aceptábamos algunas ocasiones lo que ellos decían, estábamos coaccionados tanto física como moralmente. Se burlaban cruelmente de nosotros a carcajadas. Cuando hacía las lagartijas era terrible la burla. Cuando simulaban el fusilamiento también los federales se carcajaban. Yo francamente sí quería morirme.

“Mi padre salió de ese lugar de torturas como a los 10 días, pero después regresó a buscarme. Cuando regresó mi papá, le dije fuerte que se fuera. No sé de dónde saqué valor. Mi papá y yo siempre nos hablábamos con cariño, yo quería abrazarlo y que me protegiera; pero mi papá, si ya estaba a salvo, ¿para qué regresaba entonces? Le pedí que se fuera. Hice una simulación de que él nunca me había querido. Los federales escucharon todo y vi cómo se le rozaron sus ojos de lágrimas. Estas palabras me dolieron más que a él.

“Mi papá regresó a nuestra ciudad y le dijo a un compañero ferrocarrilero eso que había dicho yo. El compañero, un vecino de nosotros, le preguntó: ‘¿Y no sabes por qué Silvia lo hizo? ¿Quería ponerte a salvo! Tenía miedo que te volvieran a hacer daño. Ella prefirió aguantar sola todas las tortu-



ras’. Y sí, en efecto, eso era lo que yo buscaba, poner a salvo a mi padre. Todo esto lo que tuve que pasar para salvar a mi familia.

“De verdad ese Nazar Haro mostraba un odio irracional hacia mí. Me daba un trato sádico. Y lo principal que siempre me afectó y fue superior a mis fuerzas, lo peor... fue que pensaron estaba yo embarazada. Me hace daño mencionarlo, no puedo decir lo que me hicieron, fue algo que no puedo decir. Me afecta todavía, pero así como andaba me hacían caminar mucho, mucho, para que me doliera más. Nunca he escuchado que a alguien le hicieran esta crueldad. ¡Cómo se las gastaba ese Nazar para hacer tanto daño físico! Yo me quería morir ahí. Fue horrorosa toda esa experiencia. Fue terrible.

“Yo andaba con unos pantalones. Primero traía unos blancos. Después no sé qué



DAVID MANRIQUE

mujer se apiadó de mí cuando me traían en unas calles a pie toda orinada y con algo más. La señora les preguntó a los federales que si me podía dar unos pantalones. En más de 1 mes fue el único cambio de ropa que yo tuve. Estaba sin bañarme, sólo los remojones que me daban en las cisternas. En una ocasión, así salí, remojada, en la televisión. No andaba bañada, andaba remojada, pese a traerme en hoteles. Cuando salí en la televisión, en los programas de Monterrey y en el noticiero que tenía Jacobo Zabłudovsky, ahí, muy cercano a mí, estaba Miguel Nazar Haro. Él quería siempre tenerme a la mano, muy cerca. Él apareció ahí con una cámara fotográfica simulando que era un periodista.

“También algunos días me llevaron a un hotel elegantísimo. Me pasearon como animal ante muchas personas que se veían

ricas, como que estaban festejando algo y Nazar Haro me exhibió ante toda esa gente como su animal. Era gente ostentosa, como cuando en la época antigua exhibían a los delincuentes ante los poderosos. Yo me sentía como si fuera de esos toros que sacan del ruedo cuando el torero les da la última estocada. Cuando Nazar me llevó al hotel me expusieron, no sé qué gente sería; pero andaban muy elegantes, no sé qué sería ese evento, sólo sé que Nazar me exhibió dando yo vueltas en ese lugar. Me sentía como un animal, toda con los pantalones orinados con agua-sangre. Que investiguen esas fechas en los libros de esos hoteles.

“Otros federales, unos jóvenes, me trajeron a otro hotel, no tan elegante. De esos dos federales no supe su nombre, yo pensaba que también iban hacerme garras. Los dos eran altos; uno muy blanco y el otro moreno; muy jóvenes. Me hablaron fuerte, sí; pero no sé qué obró en ellos. Yo les decía que ya me quería morir, que yo quería sentir lo que mi esposo había sentido al morir. Les dije: al fin y al cabo es igual, si no me matan aquí, me fusilan o me muerdo asfixiada. Los dos aventaron en un sillón algo de vaqueta que usaban para portar las armas, uno de ellos aventó la arma en un sillón. Pensé: ellos quieren que yo tome las armas. Tal vez ellos querían un motivo para matarme, ya que aventaron las armas muy cerca de mí. Comenzaron a hablar por teléfono. El blanco, mucho rato, tal vez una hora o más; pero me decían no me moviera. No me dejaban ni bañarme. Los pantalones estaban sucios ya que desde los primeros toques, al darme toques en mi intimidad, comencé a aventar agua. Pero después, pasó algo más que me raspaba por dentro y así me hacían caminar por 3 días. Me sentí que hervía, pero nunca les imploré nada. Sólo les dije que qué me habían hecho. Ya no puedo decir más... ya no...

“Con lo que me amenazaba Nazar era con desaparecer el cuerpo de Javier. Algu-

“

Me llevaron a un hotel elegantísimo. Me pasearon como animal ante muchas personas elegantes. Nazar me llevó para exhibirme

”



DAVID MANRIQUE

nos federales me decían que ya lo habían echado a la fosa común; otros, que lo habían tirado desde una avioneta. Después decían que no, que todavía estaba en una funeraria. Otros me decían que en el anfiteatro del Hospital Universitario. Nazar me decía que yo ‘hablara’, por que si no lo hacía a Javier lo iban a tirar a la fosa común. Nazar me dijo varias cosas según iban pasando los días. Yo le decía que no lo hiciera, que yo quería su cuerpo. Casi no me dejaba pedir por Javier, por sus restos. Decía: ‘Es un cabrón que se está pudriendo en los recochinos infernos y tú te pudrirás igual que él’. Yo le decía: ‘No lo desaparezca’. Todo el tiempo que pasé ahí me amenazaban también con eso. Yo no sé de donde sacaba esa fuerza para gritarles que no lo hicieran y eso ocasionaba la furia de los federales. No sé si mi terquedad, o la forma en que

me vieron lo que pedía, el caso es que pasado 1 mes, unos días más, por fin llegó el investigador Salvador del Toro. Al verme lo sucia que yo andaba, ordenó a unos federales que me llevaran a un hotel a darme un baño. Francamente sé que también Salvador del Toro era de hierro para tratar a los guerrilleros, pero también debo decir que él, en mí, usó más la psicología que los golpes, él hizo sus averiguaciones. Ya en una dependencia oficial me tuvo ahí por 3 días y aun y que hablaba fuerte nunca me habló con groserías. El último día al final me advirtió: ‘No te vayas a hacer guerrillera’.

“Cuando él me encontró toda fregada intercambié una fuerte discusión con Nazar. Nazar siempre estuvo presente en las investigaciones de Salvador del Toro, en el mismo cuarto de oficina, que era muy grande, sólo que Nazar se mantenía a metros de



distancia. Cuando Salvador del Toro me dio mi libertad, Nazar y sus federales según ellos me querían llevar en sus carros. Yo grité y les dije: ‘¡No, no, por favor. No’. Entonces Salvador del Toro les dijo: ‘La señora está en libertad, como ella decida’. Les dije que quería hablarle a un taxi y Del Toro me autorizó hablara desde ahí. Aún arriba del taxi tenía miedo de que me fueran siguiendo. Me dijeron en qué lugar estaba mi esposo y fui arreglar lo concerniente. Yo me quería venir en la ambulancia funeraria con él de Monterrey a Nuevo Laredo, pero el encargado me dijo que no porque Javier presentaba alto grado de descomposición. Me regresé en autobús.

“A las 7 de la mañana del día siguiente acudí a la funeraria de mi localidad. Como a las 8 llegó la ambulancia funeraria de Monterrey. Se bajó de la ambulancia el encargado de la funeraria de Monterrey. Venía muy mal, denotaba cansancio y ansiedad extrema. Dijo: ‘Todo lo que batallé para su traslado, señora, pero aquí esta su esposo’. Yo pensaba velarlo, pero lo metieron por una puerta y el dueño de la funeraria de mi localidad dijo que no se podía velar por el estado de descomposición en que se encontraba. Fue triste también eso para mí. Sólo estábamos mi papá y yo ahí, ya que los compañeros y hermanos de Javier iban a llegar un poco más tarde. Mi padre y yo fuimos casi solos a sepultar a mi esposo. En el panteón nos alcanzaron algunos familiares míos y unos hermanos de Javier. No se pudo hacer algo digno para Javier. Ya me habían dicho cómo se encontraba el cuerpo, así que decidí tener al féretro cerrado, pero mi suegra y unas hermanas de Javier querían verlo. El de la funeraria decía que no, pero por fin accedió y lo abrieron. Javier traía tan solo en su cabeza un trozo de sábana. Estaba completamente desgrasado y agusanado, putrefacto. Al verlo así, vi todo negro y caí de hinojos, de golpe. Ya no pude resistir más. Mi padre

y un tío me cargaron y me llevaron a darme auxilio a un carro, ahí tardé un buen rato en recuperarme.

“Mi esposo está sepultado en el Panteón Jardín de los Ángeles, en Nuevo Laredo. Desde que enfermé más, ya no pude acudir a su tumba. Los floreros, que eran de granito, algunos los robaron. Yo tenía muy arreglada la tumba, pero ya no sé como esté. Puse en su tumba como epitafio algo que dice así:

“Sufrir fue tu vivir, amar tu única alegría; la igualdad exigiste a costa de tu vida, por lo que pagaste cara tu osadía, amor. Nosotros te bendecimos y recordamos como lo mas grato de nuestras vidas’.

“Así acabó la vida física de mi querido esposo al que siempre he extrañado, por el cual, sin el pedírmelo, yo habría dado mi vida con tal de salvar a un hombre que todavía tenía mucho que dar a nuestra gente humilde y pobre de México. Un escritor, parece que Efraín Huerta, refiriéndose a los hechos dijo que Monterrey ardió en lágrimas de dolor; pero también lo dijo por nosotros, no sólo por los sucesos en los que falleció mi esposo.”

La persecución en realidad nunca terminó para Silvia Valdez. Cuatro años después del asesinato de su esposo, aún seguía vigilada por César Álvarez y tres agentes más de la Dirección Federal de Seguridad, además del policía especial impuesto en ferrocarriles, Ricardo Camacho Scott.

Ella misma no termina de salir de la semiclandestinidad que la represión le ha impuesto.

Hoy esta hermosa mujer que vivió la más terrible fase de la Guerra Sucia en México se encuentra gravemente enferma. A sus casi 70 años no puede moverse más y aún así tiene que hacerse cargo de su madre que, literalmente, está agonizando. Ante esto sólo me surge una pregunta: ¿la Comisión Nacional de Atención a Víctimas considerará urgentemente su caso? ◀

“

Sufrir fue tu vivir, amar tu única alegría; la igualdad exigiste a costa de tu vida, por lo que pagaste cara tu osadía, amor. Nosotros te bendecimos

”